

Pregón 43.ª Feria del libro de Granada 2025

Marta Sanz

1. La escritora inglesa Virginia Woolf en su famoso ensayo, *Una habitación propia* (1929), apuntó que una habitación propia y quinientas libras al año eran los requisitos mínimos para que una mujer pudiese dedicarse a escribir. Escritoras posteriores como Tillie Olsen en Estados Unidos o Paca Aguirre, poeta española, añadieron algunas ideas a ese listado de mínimos. Aguirre las expuso en un peculiar texto autobiográfico, titulado *Que planche Rosa Luxemburgo*. La expresión de ese deseo es bastante significativa, aunque, en realidad, me parece que Paca Aguirre no deseaba tanto que planchase Rosa Luxemburgo, como que lo hiciese su marido el poeta Félix Grande. Así que para escribir necesitamos: una habitación propia, independencia económica y una cultura que no vincule automática y obligatoriamente los cuidados al género femenino. Por ser una mujer, no tengo la obligación de cuidar sarampiones ni de limpiar los mocos ni de fregar los platos. A la vez, como mujer, reivindico el inmenso valor de estos trabajos para el buen funcionamiento de las sociedades.

2. Las escritoras de la segunda mitad del siglo XX y primera del XXI sumamos algunos puntos más a la lista. Necesitamos: un campo cultural sin prejuicios en el que las mujeres inteligentes no den miedo ni sean acusadas de soberbia nada más abrir la boca; un campo que no te obligue a ser humilde, a pedir perdón y estar muy agradecida por cada espacio que ocupas porque en realidad no te lo mereces y eres una impostora; un campo cultural en el que los hombres que juegan con las palabras no sean estilistas mientras que las mujeres que hacemos lo mismo somos verbosas; un campo cultural que no te acuse de “victimismo” cada vez que constatas un hecho, hablas de las grietas y ejerces tu derecho a la crítica; un campo cultural sin condescendencia, en el que a menudo parece que la única aspiración de las mujeres consiste en estar guapas y resultar seductoras y en el que, al mismo tiempo, se puede enjuiciar el trabajo de una escritora aludiendo a su aspecto físico; un campo cultural en el que el éxito de las escritoras no se ponga bajo sospecha porque acaso sea consecuencia de la rentabilización de su capital erótico o de la discriminación positiva; un campo cultural sin halcones milenarios que establezcan la línea entre lo que está bien o mal desde la inercia de una normalidad canónica marcada por los dueños seculares de las palabras. Es decir, necesitamos darle la vuelta a la tortilla cultural no para alcanzar una hegemonía femenina, sino la igualdad. La mera y pura igualdad. La metáfora de la tortilla me parece especialmente irónica en este contexto; en todo caso, para subvertir el orden establecido, un orden que convierte las diferencias en desventajas para nosotras, conviene hacer memoria y recuperar algunas hebras de nuestra genealogía sin las que yo misma, sin ir más lejos, no estaría hoy aquí.

3. Este año se celebra el centenario del nacimiento de dos escritoras, Carmen Martín Gaité y Ana María Matute, sin cuyo legado sería difícil que hoy Almudena Grandes, Nuria Barrios, Pilar Adón, Sara Mesa, Edurne Portela, Elvira Navarro, Remedios Zafra, Rosario Izquierdo, Cristina Morales, Elena Medel, María Sánchez, María Folguera, Laura Fernández, Aroa Moreno, Lara Moreno, Laura Ferrero, Sabina Urraca, Elisa Victoria o Erika Martínez fueran hoy escritoras leídas. Cito porque nombrar es importante y también cito desde la conciencia de que elaborar un listado implica siempre una amputación y es una

injusticia por la que de antemano me disculpo. Los hombres han excluido durante mucho tiempo a las mujeres de sus antologías y crestomatías selectas. Hay que nombrar. E incluso nombrar defectuosamente es un modo de que al otro lado se perciba la ausencia y esa ausencia se pueda reparar. He estado a punto de perpetrar una de esas ausencias y la reparo: este año también conmemoramos el centenario de la poeta sevillana Julia Uceda.

4. Nombro a Cristina Morales y a Erika Martínez porque estas dos escritoras me acompañaron la primera vez que yo fui invitada a esta feria hace ya muchos años. Y es de justicia nombrar a quien te ha acompañado. Agradecer. Igual que agradezco la existencia de las ferias, de los libros y de las ferias del libro. La existencia de una feria del libro en un lugar tan literario y tan real, tan fantástico y tan cotidiano, tan pretérito y actual como Granada. Gracias.

5. Retorno a Uceda, Martín Gaité y Matute: sin sus palabras de la intimidad, sus cuentos de hadas, su conciencia de que unos cuerpos crecen y se transforman con más dificultad que otros por el hecho de haber nacido niña rica o niño pobre, niña pobre o niño rico, en un contexto de paz o de guerra, en la orfandad o en el seno de una familia cariñosa, sin las palabras de estas grandísimas escritoras todo sería hoy más difícil. También sin las de Mercè Rodoreda, Gloria Fuertes o Concha Alós. Sin las palabras previas y tan silenciadas de Luisa Carnés, y de todas y cada una de las Sinsombrero, poetas, guionistas, artistas, pensadoras del 27. Sin las palabras de Pardo Bazán, Carolina Coronado, la Musaraña del Pindo, María de Zayas, Teresa de Jesús... Cuando decimos que hoy todo sería más difícil sin la escritura de estas mujeres, le concedemos a la imaginación, a las ficciones y a la extrañeza asombrada de la poesía el lugar que le corresponde en nuestras sociedades: la literatura nos ayuda a abrir los ojos. También nos acompaña cuando necesitamos huir o los queremos cerrar. En todo caso, la literatura importa. Y el lugar desde el que se construye y se emite también lo es.

6. Matute y Martín Gaité fueron exploradoras del lenguaje que crecieron a la sombra de Carmen Laforet, escritora que habló del lenguaje del gineceo, desde la convicción de que las mujeres debíamos buscar nuestras propias palabras para articular nuestro relato. Porque la memoria es el relato, y no hay relato sin memoria. Sin el uno y la otra no existe identidad: una identidad al mismo tiempo individual y colectiva. Porque ya sabemos que el yo es una primera persona de plural, y que lo personal es político. Las escritoras, como buscadoras de un lenguaje que nos coloque en la línea del tiempo y nos ubique en el espacio, un lenguaje que defina nuestros contornos en una realidad que nos difumina y con su silencio o su minusvaloración nos violenta, vivimos en permanente contractura. Porque buscamos una lengua que no reduzca nuestro cuerpo a territorio colonizado, pero a la vez somos conscientes de que esa es la lengua en que nos han educado y que nos da consistencia. Corporeidad. La poeta estadounidense Adrienne Rich escribe versos en los que aspira a huir de la lengua del opresor, pero, de repente, se da cuenta de que esa lengua que la daña es la única que tiene para hablar. La conciencia de esta contractura, de esta herida, sigue haciendo del trabajo de las escritoras un espacio conflictivo, un lugar en el que se aprietan nudos y se generan tensiones que, al ser leídas, nos

conmocionan. No es una moda: es el efecto de palabras llenas de energía, palabras en el tiempo, palabras que nos conciernen como sociedad y que nunca habían sido dichas con la modulación de hoy. Ese es el interés intrínseco de la literatura escrita por mujeres, lo cual no imposibilita la existencia de malas escritoras que, igual que los malos escritores, son ajenas a la curiosidad, a la intrepidez, al juego, y se instalan en el coto cerrado de, confort, lo familiar, lo homogéneo, y lo previsible. La satisfacción en bucle del algoritmo. El solapamiento del ocio y el negocio. Las malas escritoras escriben como hombres instalados, competentes, competitivos.

7. Estamos aprendiendo a que lo masculino no es lo mismo que lo universal y por eso buscamos lenguajes diferentes que alumbran temáticas diferentes. Y las dignifican. También cambian los significados de algunas palabras y hacemos combinaciones nuevas que nos abren los ojos. Por ejemplo: siempre existió una domesticidad de lo épico, un sentido de la intendencia y de los afectos en *La Ilíada* o en *La araucana*, pero hoy también insistimos en la existencia de una épica de lo doméstico que merece ser retratada en la literatura: mujeres que empuñan la plancha y reivindican el valor de sus tareas, o mujeres que quieren dejar de planchar, aspiran a su cuarto propio y su tiempo propio, piden que nos sacudamos los prejuicios que a menudo demonizan nuestra escritura -locas, egoístas, soberbias, quejicas, simples...- Mujeres amables pero no necesariamente complacientes, que quieren dedicarse a escribir sonetos con estrambote.

8. En *El cuaderno negro* la escritora cubanoitaliana Alba de Céspedes nos cuenta la historia de una mujer que consigue saber quién es, qué chinas le aprietan en el zapato, qué la oprime, qué desea realmente, una mujer se encuentra, para bien o para mal, el día que se pone a escribir en los folios encerrados entre las tapas de un cuaderno negro. La convencional madre de familia entiende su conflicto vital a través de las representaciones literarias de su existencia: se opera en ella una metamorfosis. Los textos autobiográficos han sido un género de introspección y liberación, individual y colectiva, para muchas mujeres. No resulta extraño que la escritura, austera y autobiográfica, de Annie Ernaux, ganase el premio Nobel de Literatura. También es cierto que, en otras ocasiones, los diarios han sido instrumentos de control de los hombres sobre sus mujeres, una herramienta de fiscalización patrimonial: Terry Tempest Williams en *Cuando las mujeres fueron pájaros* cuenta la historia de su madre, mujer mormona, que, como todas las mujeres mormonas, tenía la obligación de escribir un diario. Cuando muere la madre, su hija recibe el diario de su madre: no encuentra ni una sola página escrita. La madre de Tempest Williams quizá fuese una persona sin vida interior, quizá una mujer desidiosa, casi con toda seguridad una mujer rebelde. Transgresora. En todo caso, las mujeres no tenemos que escribir únicamente diarios. También podemos escribir la historia de nuestros dientes, relatos de naves espaciales o historias de alta política internacional. Lo que nos dé la gana. La escritura femenina no ha de tener siempre la misma forma y optar por el mismo camino. También sabemos impostar todas las voces del mundo, pegarnos a la piel del andrógino, hablar desde esa tercera persona omnisciente con la que autores varones han jugado a ser Dios desde tiempos inmemoriales. Diosa también toma la palabra y se pone a escribir caleidoscópica y polifónicamente. Ensimismándose y enajenándose. Con microscopios y catalejos.

9. La lucidez respecto a los mimbres de los que estamos hechas podría ayudarnos a entender, desde una perspectiva feminista, la perversidad de la cancelación. En mi cuerpo, en sus depósitos de grasa o en su fibra muscular, incluso en su masa ósea, está la molécula del Cantar de los cantares, de los sus ojos tan fuertemente llorando, Trotaconventos y Celestina, Lázaro compartiendo su pezuña de vaca con el escudero, en tanto que de rosa y azucena, Maritornes y los lúbricos arrieros, el polvo enamorado, el dieciochesco Sí de las niñas, los pajaritos fritos que tanto le gustaban a Jacinta y los huevos crudos como manjar de Fortunata, el Amor Oscuro de Lorca... Todo eso también forma parte de mí. Me pertenece, aunque a menudo me excluya y me retrate con violencia. Lo domino cuando lo incorporo dialécticamente y no me paraliza. Pero lo leo e incluso lo disfruto con una sonrisa defensiva, perversa, esperanzada. Imagino otras cosas y otros mundos desde lo que ya sé, porque no se puede aprender nada si no se sabe algo previamente y el conocimiento no estorba al placer: solo lo hace más sofisticado. Activo la maravillosa idea de Francis Scott Fitzgerald que definió la inteligencia “de primera clase” como “capacidad para retener dos ideas opuestas al mismo tiempo (...) ver que las cosas son irremediables y, sin embargo, estar decidido a que sean de otro modo”. Muchas escritoras actuales estamos decididas a que sea de otro modo. Gracias por estar al otro lado, porque sin ustedes, nuestro ejercicio no tendría ningún sentido.

Sábado 10 de mayo 2025. Patio del Ayuntamiento de Granada